

Arlet y su padre

Arlet era una bebé de pocos meses, con unos ojos tan brillantes que parecían dos gotitas de luz. Vivía con su padre, Dani, que había venido de Inglaterra. Hablaba con ese acento divertido que hacía reír a todo el mundo del barrio y, sobre todo, era muy fan del Manchester United. Tanto que en casa siempre llevaba una bufanda roja y negra colgada en la silla.

Cada mañana, Dani cogía a Arlet con mucho cuidado y le decía:

—Good morning, little star.

Y Arlet, aunque no entendía las palabras, sonreía. Era su idioma preferido: el de papá.

Un domingo por la mañana, mientras las calles todavía estaban dormidas, Dani hizo algo especial. Vistió a Arlet con un pequeño body rojo, con un escudete bordado, y le puso unos patucos blandos.

—Today is a big day, Arlet! —dijo emocionado.

Ese día jugaba el Manchester United, y Dani quería compartir ese momento con ella. Sentó a la niña en su pecho, sobre el sofá, y le enseñó la pantalla.

—Look, sweetheart, that’s Old Trafford —susurró—. The Theatre of Dreams.

Arlet abría los ojos grandes cada vez que la pelota corría de un lado a otro. No sabía lo que pasaba, pero le encantaba la vibración de la voz de su padre cuando él animaba:

—Come on, United!

En un momento del partido, un jugador marcó un tanto. Dani dio un salto, pero se detuvo enseguida para no asustar a Arlet. La levantó, la hizo girar suavemente y le dio un beso en la frente.

—I’ll teach you everything about our team —murmuró—. Maybe someday we’ll watch a match together in Manchester.

Arlet hizo un pequeño ruidito, como un “aaaah”, y Dani se rió pensando que, tal vez, era su primer grito de afición.

Cuando el partido acabó, él la acunó en su regazo. La niña se quedó dormida, con los dedos aferrados a la bufanda del Manchester United. Era como si entendiera que esa pasión no era sólo por un equipo, sino una manera que el padre tenía de contarle el mundo, sus raíces y el amor que sentía por ella.

Y así, domingo tras domingo, Arlet y Dani crearon una tradición: las mañanas de fútbol y caricias, donde el amor hablaba en dos idiomas, pero llegaba al mismo sitio.

Porque a veces, una bufanda roja, un acento extranjero y un padre enamorado de su hija son todo lo necesario para construir una historia preciosa.